

TRES FRASES

Por D. GUILLERMO TÉLLEZ

Académico de Número de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Uno de los aspectos menos estudiados del folklore es la psicología del refrán, del medio refrán y de la frase, o media frase. Es estudio del caudal de la sabiduría popular, que ni es sabiduría ni es popular. No es sabiduría, porque es una tradición de frases que se van heredando de unos a otros y que recuerdan principalmente los tipos que tienen memoria, que por añadidura muchos de ellos suelen ser tontos, y con recordarlas se evitan el trabajo de pensar, cosa que, a veces, les sería muy difícil hacer. Tampoco creo que en su origen sea popular, sino creadas por los más inteligentes, los cuales acaso las usaron tan sólo una vez.

No obstante, son interesantes porque el que las emplea, al aceptarlas como suyas, muestra una adecuación entre él y la frase empleada.

La frase corriente suele casi siempre ser agresiva derivante, a otro tema, o defensiva. Casi siempre es frase de lucha y oposición; es frase polémica y casi nunca enlazante con la conversación que interrumpe, sino más bien tajante y liquidante del tema.

Recordemos aquella ¡Usted que me va a decir a mí de eso! La contestación debiera ser casi siempre: Realmente, no quería decirle nada; hablo simplemente por cortesía, lo que usted no tiene.

Dejando a un lado este caudal de frases o semifrases que, aparentemente, parecen surgidas de la conversación y realmente están preparadas en el *almario* del ibero para defenderse del perorar del amigo, en el que ve un competidor en algo, aunque no sepa en qué. Algún día puede que estructure más esto al estudiar el valor *merodeo* y la vida del cazador en tierra de nadie. Por hoy, veamos las tres frases elegidas para estudiar el aspecto agresivo del alma ibérica, manifestado en su lenguaje.

Más ven cuatro ojos que dos.—Esta sí que es buena. Es hacha de doble filo como las puñaladas en Creta. Cuando hay que corregir a uno sin que pueda molestarse de que nos hayamos enterado de que nos hemos enterado de que es un perfecto igorroto y no queremos manifestarle manifiesta superior-

idad, sino simplemente que el acierto es cuestión de cálculo de probabilidades.

También la usa defensivamente el que no ha visto una cosa y no quiere ser menos frente al que ha acertado. Un estudio detenido creo que nos llevaría a un substrato prehistórico, masivo, igualitario, incapaz de captar más valores que los de la astucia y la fuerza para salvar la situación del momento.

El hallazgo es simple acierto y no marca superioridad, sino casualidad, azar y, por lo tanto, no hay jerarquía mental que imponga respeto; todos valemos lo mismo.

Cada uno es maestro en su oficio. ¡Qué lástima que no sea verdad! Ataca cínicamente y resuelve de un tajo, al modo ibero-africano, el complejo problema de las vocaciones, aptitudes y orientación profesional.

Ya dije que no era verdad, ya que de un golpe resuelve la no existencia de chapuceros en oficios varios.

También elimina la posibilidad de más de una aptitud. Ingresa, a pesar de lo que se ha dicho de su afición, hubiera sido un gran primer violín en la orquesta del teatro de Montalbán, de donde era.

La frase anterior la recuerdo, y me hace gracia porque se emplea a destajo. Dice claramente: Eso lo ha hecho usted bien porque es su oficio, pero no le admiro, porque es cosa natural. Si viera las cosas que yo realizo en mi ocupación... En muchas ocasiones lo que es preferible es no verlas. La tengo fija en la memoria, porque una vez que arreglé un cuadro al hijo del colono de la finca familiar, en vez de darme las gracias, cosa poco corriente en su mentalidad preibérica del río Nacimiento, me espetó: Claro, cada uno es maestro en su oficio, me dijo con las manos en los bolsillos.

Bien se entendía que yo era arreglador de cuadros de cortijeros andaluces y que, desde luego, hubiera fracasado con su arado prerromano.

Ese sí que lo hace bien.—Es lo corriente que se oye al presentar un dibu-

jo o una pintura. Se cita un conocido de por allí o de por aquí, que copia el blanco y negro para demostrar que se conoce el asunto y que no le damos gato por liebre. A mí me la han espetado colonos de mi tierra y médicos y abogados de otras tierras. Es francamente defensiva, crítica y negativa. La admiración japonesa para todo lo que hace el invitado está muy lejos de aquí. Si ambos (Japón y España) son Oriente, aquel Oriente es muy lejano, difuso y extraño a nuestra sensibilidad.

Largo sería el tema para tratar muy en serio y con aspecto científico estas huellas muy claras, pero no atendidas, de la psicología, y más aún de la moral del pueblo que las usa como armas defensoras de un sien: pre posible atacante, sospechado en todo el que se acerca. Yo lo haría capítulo par del de la pregunta habitual, que casi nunca es para aprender, sino para saber cómo obra y es el interrogado para buscar cómodamente el sitio donde darle el garrotazo, para que no comprometa mucho ante el juzgado si a él fuera menester ir. Se pregunta como policía o juez.

Ambos puntos creo que marcan el substrato de la antihistoria, sobre el que se asientan todos los orientalismos y occidentalismos venidos y por venir a esta piel de toro.

Completaría este estudio del alma vulgar desjerarquizante, masiva, ácrata y desgarrante, el ver si tiene, además de estas condiciones, el de poseer una fuerte personalidad persistente. Intentaríamos aclarar si es capaz de adaptara y sublimarse, asimilando o modelando con formas progresivas que permitan un autocontrol personal para ser más amables y humanos en el mutuo trato, o si, por el contrario, hasta el morir de nuestra historia, hemos de seguir con nuestros pecados capitales, de los cuales recuerdo: la Soberbia, de la que se enteró un poco Ortega y Gasset; la Envidia, que bien captó Unamuno y recuerda hoy Menéndez Pidal. Andalucía, que pasa por la región más alegre, tiene en Morón una estatua, si vale la pena el llamarla así, del gallo que dió fama a la ciudad.

Una mejora en nuestra intención al hablar haría más grata la vida, lo que es cosa de educación, lo que valdría la pena hacer caso de no considerar esencial a nuestro modo de ser; este modo de insultar bajo la apariencia de recordar frases de un inocente cazurro, paturdo modo de decir las cosas como quien no dice nada.